

**La Universidad ante los desafíos de la sociedad:
Pertinencia del enfoque universitario ignaciano de responsabilidad social universitaria.**

Conferencia del P. General Arturo Sosa, S.I.

Universidad Católica de Córdoba
Córdoba, 20 de julio de 2018

Su Excelencia, Mons. Carlos José Nájuez, Arzobispo de Córdoba y Canciller de nuestra Universidad;
Padre Alejandro Tilve, SJ, Provincial de la Compañía de Jesús en Argentina y Uruguay;
Estimadas autoridades gubernamentales y académicas;
Representantes de instituciones amigas;
Miembros de la comunidad universitaria
Amigos y amigas. Buenas tardes.

Para mí es motivo de gratitud estar en esta ciudad ligada a la historia de la Compañía de Jesús. Los primeros jesuitas llegaron en 1599. En 1610, fundaron la primera universidad en tierras argentinas, la cuarta más antigua en las Américas, razón por la que se le otorgó a esta ciudad el noble título de “La Docta”. Testigos de ese pasado son, todavía, la Manzana Jesuítica y las Estancias, patrimonio cultural de la humanidad, conservadas con orgullo por los cordobeses. Hoy día, en continuidad con aquellos inicios, la Universidad Católica, fundada y confiada a la Compañía de Jesús en 1956, continúa el servicio educativo que marcó la presencia y la actuación de los jesuitas en los albores de la historia de la ciudad de Córdoba.

Desde ese corazón agradecido por el pasado, con los pies puestos en los retos del presente y mirando al futuro con ojos esperanzados, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones sobre cómo la Compañía de Jesús quiere vivir, desde la labor académica e investigativa en una universidad, la misión que ha recibido del Señor a través de la Iglesia.

Comparto estas reflexiones a pocos días de haber participado en la *IIIª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas*, que sesionó del 8 al 12 de julio en la Universidad de Deusto, Bilbao¹. Estuvieron ahí reunidos unos trescientos rectores, rectoras y diversas autoridades de más de doscientas instituciones de enseñanza superior bajo la responsabilidad de la Compañía de Jesús. Una ocasión propicia para, reflexionar juntos sobre los retos la formación que ofrecemos en temas como liderazgo cívico y político, justicia ambiental y económica, educación para los sectores más desfavorecidos, paz y reconciliación, diálogo interreligioso, entre otros. Además fue la ocasión para culminar el proceso de creación de la Asociación Internacional de Universidades Jesuitas (IAJU), fruto maduro de las deliberaciones iniciadas en la primera Asamblea en la Universidad Iberoamericana de México en instrumento para mejorar nuestra contribución a transformar juntos el mundo en el que vivimos.

1. El horizonte: oportunidades e incertidumbres de la labor universitaria

Lo que hemos empezado a llamar el cambio de época de la era industrial a la del conocimiento nos ha zambullido desde hace unas décadas en una realidad social en la cual la cantidad de información disponible y la velocidad con que esa misma información puede ser encontrada y compartida superan con mucho las más optimistas previsiones hechas hace pocos años. Tenemos acceso veloz a mucha información y el desafío de *ordenarla* y darle *utilidad* en el sentido ignaciano de estas palabras.

¹ Las dos anteriores se celebraron en México (2010) y Australia (2015).

Reducir los costos de la manufactura, los servicios, traslados, educación, medicina, etc., través de la automatización de funciones simples y de funciones complejas va cambiando radicalmente el mundo del trabajo, los negocios y la administración en todos los niveles.

En este sentido, en la reciente Asamblea Mundial de Universidades Jesuitas en Bilbao, compartía esta reflexión: *...se nos pone delante el enorme desafío de incorporarnos lúcidamente en la nueva cultura digital que va cambiando rápidamente los modos de pensar y de relacionarse entre los seres humanos. No es sólo una revolución tecnológica sino la creación de un nuevo mundo en el cual habitamos. El eco-sistema digital es el comienzo de un profundo cambio del paradigma cultural humano. Un reto a la creatividad de la tradición educativa de la Compañía de Jesús, llamada a hacer presente en este nuevo mundo la buena noticia de la humanidad reconciliada en Jesús por su vida entregada por amor.*²

Nos ubicamos, pues, en un contexto de cambios a ritmos abrumadores para los que somos de generaciones anteriores, que se han hecho “naturales”, normales, para las nuevas generaciones que llegan al mundo universitario.

En el contexto universitario, asistimos al crecimiento continuo del número de jóvenes que accede a la Universidad. Es un fenómeno relativamente reciente que llama la atención por la cantidad de alumnos que pertenecen a la primera generación en sus familias que tiene acceso a la enseñanza superior. Se prevé que tal aumento en el número de ingresos al sistema universitario se mantendrá en la región por un buen tiempo. En todas partes se producen escenas como la divulgada recientemente en las redes sociales en la que una estudiante, en Paraguay, le llega de sorpresa a su papá albañil, en su lugar de trabajo, con su título universitario y le agradece con emoción y orgullo todo lo que había hecho por ella, subrayando que ambos habían triunfado³. Ese video, tan sencillo y a la vez tan lleno de sentido, en muy poco tiempo, sobrepasó los de 7 millones de visitas. Se trata, sin duda, de un signo, de un mensaje digno de ser atendido.

Por otra parte, en paralelo al aumento de las matrículas en la enseñanza superior observamos el fenómeno de la transformación de la educación universitaria en un producto más del mercado. Las instituciones de enseñanza, en todos los niveles, fácilmente se dejan llevar por la lógica mercantilista o se ven obligadas a tomar en cuenta esa lógica en la hora de tomar decisiones importantes. Esa expansión de la oferta de servicios educativos no siempre corresponde a un crecimiento de la calidad. Por el contrario, no pocas veces, la calidad es sacrificada en nombre de la reducción de costos, la captación de público u otras razones de orden económico-financiero, alejadas de los objetivos educativos y más aún de la finalidad de ofrecer una formación integral a hombres y mujeres que egresen no sólo bien capacitados académicamente, sino sólidamente arraigados en valores cristianos, como ciudadanos comprometidos en la transformación social y en búsqueda del Bien Común.

Las nuevas oportunidades de la era eco-digital contrastan con el malestar de vivir en un mundo donde crece la desigualdad y la violencia además de la incertidumbre sobre el futuro de la democracia y del equilibrio con el medio ambiente. Un momento que pone delante de la Universidad el estimulante desafío de pensar con atención y cuidadosa lucidez la labor universitaria. Desafío con características específicas a esta Universidad que se identifica como católica y está encomendada a la Compañía de Jesús. En un mundo en el que se instrumentaliza la educación y el conocimiento para alentar proyectos sociales, económicos y políticos que refuercen el actual, injusto e inhumano, orden mundial, nuestras instituciones educativas, se mueven a contra-corriente de esas tendencias. Nosotros *ponemos la formación integral de cada persona y no sólo su capacitación para el desarrollo profesional al centro de nuestro trabajo universitario. Aspiramos que se nos reconozca por la calidad*

² Discurso en la 3ª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas, Bilbao, 10 de julio de 2018.

³ https://brasil.elpais.com/brasil/2018/06/27/videos/1530095007_033038.html, acceso en 07/07/2018.

*humana de nuestros egresados, no porque son buenos para competir en un reñido mercado de trabajo.*⁴

2. El sentido de nuestro trabajo en la universidad

En el mundo universitario siempre ha habido un amplio espacio para la gratuidad en la pasión investigativa que lleva a descubrir el mundo en sus múltiples dimensiones. Lo que hemos conocido como *pedagogía ignaciana* a raíz de la incursión de las primeras generaciones de jesuitas en el mundo universitario ha subrayado también la pasión por la utilidad para la vida como una dimensión de la educación. La educación ofrecida en una institución inspirada por la Compañía de Jesús lleva al discernimiento de lo más útil del pensar, investigar, enseñar y relacionarse con la sociedad pues se vive en la tensión del *magis* por el que se pretende no sólo servir sino encontrar el *mejor* servicio a la transformación de la sociedad y la humanización de la historia.

Nos encontramos en un entorno laboral en el que se discute la existencia misma de muchos trabajos como hoy los realizamos o, para decirlo con más propiedad, de muchas tareas. Porque el modo de realizar determinadas tareas no anula un oficio, muchas veces, sólo lo transforma y lo potencia. Pensemos, por ejemplo, en el encargado de control de calidad de una planta de producción en serie de autos o alimentos. Antes le tocaba controlar la acción eficaz de un gran número de operarios. Hoy quizás sólo controla un conjunto de *robots*, siendo ayudado en esa tarea por unas pocas personas altamente calificadas. Sus habilidades como controlador deberán ser diferentes de las de otros tiempos. Su trabajo es el mismo, pero su tarea es bien distinta.

Cuando tratamos de la *utilidad*, la mente y la imaginación van directamente a las cosas. La incertidumbre en cuanto al futuro del trabajo nos pone delante de los ojos el reto que representa la automatización creciente de muchísimas tareas. La generación de empleos se vincula rápidamente a estas nuevas posibilidades que piden capacidades prácticas distintas para asumir del mejor modo posible los nuevos recursos tecnológicos.

La universidad no puede ni quiere descuidar la capacitación técnica. Eso significaría una percepción limitada, estrecha y poco lúcida de su razón de ser. Tampoco puede limitarse a ponerse al día en ofrecer la capacitación en las nuevas habilidades requeridas por el mundo del trabajo sin atender otras dimensiones de la persona, pues es desde esas otras dimensiones que podrá orientar debidamente el poder que les da la técnica. Si esto es válido para toda institución universitaria, es más válido todavía para instituciones que, como la UCC, tienen como fundamento de su labor universitaria la comprensión del mundo como fruto de la acción creadora de Dios y en la cual la antropología cristiana se ubica como criterio fundamental para todo lo que se realiza en la vida de la universidad.

En Bilbao, recordaba que *para las instituciones universitarias animadas por la Compañía de Jesús no basta alcanzar la profundidad intelectual que permite crear conocimiento y trasmitirlo como elemento de la formación humana integral. El verdadero desafío es que sea apostolado, es decir, un modo de anunciar más efectivamente la Buena Noticia del Evangelio, de aprender a captar la presencia de Dios en el mundo y la acción de su Espíritu en la historia para sumarse a ella y contribuir a la liberación humana.*⁵

Tanto la ciencia básica como aquella aplicada en la técnica producen beneficios indudables, como se evidencia en muchos de los desarrollos de los que disfrutamos a diario. Pero, a la vez, una técnica que atendió sólo visiones parciales debido a su gran especialización, tiene mucho que ver con los desequilibrios que están llevando a los graves peligros socio-ambientales de nuestro tiempo como

⁴ Discurso en la 3ª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas, Bilbao, 10 de julio de 2018.

⁵ Discurso en la 3ª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas, Bilbao, 10 de julio de 2018.

son el cambio climático o la generación de ciclos económicos exitosos en cuanto a creación de riquezas, pero también generadores de la creciente desigualdad que aumenta el abismo entre ricos y pobres.

El humanismo -y en nuestro caso específico, el humanismo desde la perspectiva antropológica cristiana- capaz de poner la técnica al servicio de la persona con todas sus potencialidades y en toda su dignidad, con todo su “esplendor”, está llamado a juzgar sobre “lo útil”. ¿De qué nos sirve una herramienta, la más sofisticada y aparentemente perfecta, si no contribuye a la plenitud de la persona humana y a la creación de una sociedad verdaderamente justa, sino que degrada o daña al ser humano y al medio ambiente?

Ese humanismo no sólo es útil sino necesario en una sociedad que corre el peligro de la ilusión y el error. La ilusión de que la técnica por sí misma es buena como todavía lo escuchamos en algunas afirmaciones de los poderosos de este mundo. El error de considerar toda innovación buena de por sí, puede llevar a los mayores engaños y ponernos ante terribles consecuencias. Peor aún, la aceleración en la producción y consumo de información conduce, en no pocas ocasiones, a cierta falta de memoria que tiene por “nuevas” a viejas propuestas “con apariencia de bien”.

De ahí que la atención a la “justicia”, a lo que conviene al conjunto de la sociedad, puede ayudar a la lucidez que necesita la universidad y el tiempo presente. La ilusión individualista de muchas novedades se desenmascara en la pregunta de la relación de “lo nuevo” con las necesidades de la sociedad.

La conciencia de lo justo no es sólo ni fundamentalmente conciencia del modo de repartir. La primera conciencia necesaria para crecer en justicia tiene una raíz más honda, que se encuentra en la conciencia de que todos tenemos un destino común en cuanto humanidad, puesto que pertenecemos a una sociedad planetaria y compartimos “una casa común”, como nos ha recordado con tanta sabiduría y propiedad el Papa Francisco en su encíclica *Laudato Si'*.

La conciencia social que nos hace más justos, sin embargo, no es algo que se logra sólo a través estudios teóricos. La conciencia de una pertenencia que rechaza o pone límites al “afán de ganancia exclusiva y a la sed de poder” no se transmite sólo por medio de frases agradables o lógicas irrefutables. La conciencia que nos hace justos y es fuente de valiente honradez, se logra con el encuentro entre personas, a través del agradecimiento por la pertenencia a una familia común, con la certeza compartida de la dignidad de toda persona humana, más allá de la contingencia de su condición social, étnica o religiosa.

Esa conciencia se forma en nosotros, especialmente, a través del encuentro vital con nuestros hermanos y hermanas que son víctimas de la injusticia y la inequidad, los empobrecidos de nuestra sociedad. La atención a ellos y a la situación en que se encuentran debe convertirse en nuestro punto de vista epistemológico y pedagógico, si queremos corresponder a nuestra identidad de universidad católica bajo la responsabilidad de la Compañía de Jesús.

Como nos recuerda la Congregación General 36, *los pobres nos obligan a volver sin cesar a lo que es esencial en el Evangelio, a lo que en realidad da vida, a reconocer que mucho de lo que tenemos no es más que una carga. El Papa Francisco nos recuerda que estamos llamados a descubrir a Cristo en los pobres, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que dios quiere comunicarnos a través de ellos. Y sigue la Congregación General diciendo: Esta actitud va contra corriente de lo que es normal en el mundo, en el que, como dice Qohelet [Eclesiastés, 9,16] ‘la sabiduría del pobre se desprecia y nadie*

*hace caso de sus consejos. Junto a los pobres podemos aprender lo que significan esperanza y valentía.*⁶

La visión cristiana e ignaciana que nos sirven de fundamento en nuestra labor en la universidad, comprendida como verdadero apostolado, sostiene que la dimensión social, comunitaria, es constitutiva de la persona. Ante la tendencia a dejar de lado el compromiso por el Bien Común, ante la duda en cuanto a la afirmación de lo conveniente para el conjunto de la sociedad, ante la pretensión de dudar de toda certeza compartida para ensalzar una ideología de la mera certeza individual, queremos proponer una palabra de esperanza. Cito de nuevo la Congregación General 36: *Con Cristo, estamos llamados a estar cerca de la humanidad crucificada. Junto a los pobres podemos contribuir a crear una familia humana a través de la lucha por la justicia. Quienes tienen cubiertas todas las necesidades y viven lejos de la pobreza también necesitan el mensaje de esperanza y reconciliación, que los libera del miedo a los migrantes y los refugiados, a los excluidos y a los que son diferentes, para abrirse a la hospitalidad y a la paz con los enemigos. Necesitamos más que nunca ser portadores de un mensaje de esperanza que nazca de la consolación de habernos encontrado con el Señor Resucitado. Esta renovación centrada en la esperanza se refiere a todos nuestros apostolados.*⁷

La grandeza de la dimensión social y comunitaria de la humanidad se complementa por la grandeza de la apertura a la trascendencia, aún más necesaria, cuando fuertes corrientes en la sociedad limitan lo humano a lo material, a lo contingente, a lo individual y a lo histórico. Una universidad católica inspirada en la espiritualidad ignaciana no deja de respetar y dialogar con las variadas creencias y posturas filosóficas e ideológicas, pero a la vez, no puede dejar de señalar la trascendencia de cada persona humana como un rasgo fundamental de su comprensión del mundo y de la realidad humana.

Desde nuestra experiencia de la fe cristiana, afirmamos que en Jesucristo, en su vida y su palabra, encontramos la inspiración que ayuda a discernir la plenitud de la humanidad, lo más valioso, lo más “útil” para el conjunto de la persona humana y la sociedad. La experiencia del encuentro con los demás será enriquecida si la experiencia de Dios que hacemos en Jesús logra derribar aquello que separa a los hombres y mujeres en sus egoísmos.

Desde esa perspectiva, consideramos que defender la trascendencia de la persona humana es defender su libertad frente a las contingencias. Es defender su capacidad de realización ante las incertezas en el saber y el hacer. El ser humano siempre será más que lo que hace. Para el cristianismo, el ser humano siempre estará llamado a ser co-creador con Dios, cualquiera sea la herramienta que deba manejar o los procesos que deba guiar o custodiar.

Los cristianos creemos que el Espíritu Santo, que es el Amar entre Jesús y Su Dios que actúa en nosotros, viene en ayuda de nuestra debilidad para pedir, desear y obrar como conviene (Rm 8, 26). Ese Espíritu, que es dinamismo, que engendra comunión, que es fuerza vital y vitalizante, nos pone en aquel buen estado de consolación que hace llevadero lo difícil; da constancia en el esfuerzo y hasta hace posible la concordia o la unión allí donde las pasiones humanas no lo permiten.

El Espíritu de Jesús, vivo y actuante en nosotros, es esencialmente Espíritu de comunión. Crea en nosotros la capacidad de convivir. Por eso una universidad confiada a la Compañía de Jesús está llamada a ser un ambiente de convivencia ejemplar. La Universidad está llamada a ser lugar de encuentro entre personas, no sólo por la ciencia o para resolver problemas de la humanidad sino también por ayudar a que se encuentren las personas en sus creencias más profundas, como es el espacio religioso. En ese sentido, estoy al tanto de cómo en Córdoba existen excelentes experiencias de convivencia interreligiosa, como la que se da en el ámbito del Comité Interreligioso por la Paz.

⁶ CG 36, D. 1, n. 15.

⁷ CG 36, D. 1, nn. 31-32.

Sin embargo, sabemos que hay otras fuerzas que también presionan nuestra libertad, como el egoísmo, la soberbia, la autosuficiencia, el orgullo, que hieren –a veces de muerte- la comunión que crea el Espíritu. La esperanza cristiana, no obstante, afirma que también en esas situaciones, el Espíritu sigue trabajando, operando el cambio, la conversión, el perdón y la reconciliación. La Congregación General 36 ha recuperado el reto de la reconciliación como elemento esencial de la razón de ser de la Compañía de Jesús. La tarea de la Reconciliación, presente ya en el documento fundacional de la Compañía de Jesús (la así llamada “Fórmula del Instituto”) fue retomada con el binomio servicio de la fe – promoción de la justicia en la Congregación General 32, ampliada con la invitación al diálogo con las culturas y religiones y la conciencia ecológica en la Congregación General 35 y relanzada con especial énfasis en la Congregación General 36, cuyo primer decreto se intitula “Compañeros en una misión de reconciliación y de justicia”.

Por eso, en Bilbao, les decía a las autoridades universitarias presentes: *La reconciliación es un mensaje de esperanza basado en la convicción profunda de cómo Dios –Uno y Trino- actúa en la historia. El Padre está reconciliando todas las cosas por medio de la encarnación, vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús, el Cristo. Nos ha regalado su Espíritu para hacernos colaboradores de esta obra de reconciliación, misión encomendada a la comunidad de los seguidores de Jesús, la Iglesia. La Compañía de Jesús nace y tiene sentido como colaboradora de la misión reconciliadora que pasa por contribuir a la justicia social.*⁸

3. La labor académica e investigativa desde la experiencia para el bien común

El lema de la Universidad Católica de Córdoba es “formar personas de ciencia, conciencia y compromiso”. Esas tres palabras nos ayudan a comprender las experiencias que la universidad desea desarrollar en su labor académica e investigativa.

La experiencia como lugar o espacio de descubrimiento, de conocimiento, de revelación, de investigación y de formación desde el conocimiento propio y el conocimiento del mundo pertenece a las raíces mismas de la pedagogía ignaciana.

Pero cuando hablamos de experiencia, no nos referimos meramente tener algunas sensaciones. Hacer experiencia significa involucrarse concretamente en algo de manera tal que entren en juego los talentos de las personas que viven la experiencia y, a la vez, su responsabilidad en y por ella. Responder por el resultado de la experiencia es importante, porque permite la apropiación de las dificultades o desafíos de otros, haciéndolos, en cierta medida, algo propio.

La experiencia genera el lugar o el espacio de la pregunta por el sentido de la ciencia. La pregunta por el “para qué” y por el “para quién” de la ciencia. Cuando una sociedad, en su conjunto, manifiesta como motivación principal sólo el acumular riquezas, consumir placeres o satisfacer el propio orgullo, quien cultive –experimente- un modo más amplio de ver, podrá desarrollar la lucidez crítica que le permita salir y tomar distancia de tal encierro.

La experiencia bien vivida ayuda a salir de la estrechez y posibilita mirar mejor las consecuencias de las decisiones, actitudes y acciones. Así la experiencia nos invita a ver más lejos, a tener siempre presente las consecuencias a mediano y largo plazo de lo que vivimos y proyectamos. La experiencia vivida al modo ignaciano genera el hábito de la reflexión que nos invita a salir de nosotros mismos hacia los demás.

⁸ Discurso en la 3ª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas, Bilbao, 10 de julio de 2018.

Permítanme tocar aquí en un tema que nos viene preocupando mucho a nosotros, los jesuitas. Se trata de un tema sobre el cual mi predecesor, el P. Adolfo Nicolás, nos llamaba la atención: la profundidad en todas las dimensiones de nuestra vida. En un discurso en la universidad de Deusto, hace pocos años, afirmaba el P. Nicolás, hablando de la sabiduría que esta consiste en *un conocimiento superior, abarcador, profundo y transformador. No sólo, por tanto, un conocimiento científico: un saber sobre algo, sino un conocimiento que lleva a la persona a situarse en actitud de búsqueda permanente ante los grandes interrogantes y, más aún, que lleva a la persona a la empatía, a la compasión ante cualquier ser humano y a una actitud de respeto a la naturaleza como don y, más todavía, al principio ignaciano de buscar y hallar a Dios en todas las cosas.*⁹

Nuestra época de la aceleración de las comunicaciones, de intensa fluidez en la información, de oferta ininterrumpida de datos, imágenes, sensaciones; de intensificación del ritmo de los acontecimientos, corre el serio riesgo de pasar a la historia como la época de la superficialidad. Uno entra en contacto con muchas informaciones, está expuesto a todo tipo de estímulos, pero todo lo experimenta de manera tan efímera, que no llega a tener las condiciones suficientes para que todo lo que le llegue sea verdaderamente comprendido, asimilado, profundizado.

Lo que nos llega incesantemente a través de los medios informáticos es tanto y nos llega a tal velocidad, que solamente logra tocar la superficie de nuestro ser, pues una imagen es reemplazada rápidamente por otra, otra y otra más. Los lazos entre personas y grupos, si han ganado en extensión, han perdido mucho en intensidad y profundidad. La aceleración y la expansión virtual sin límites de contactos interpersonales pueden acabar por deteriorar la calidad de las relaciones propiamente humanas. La cantidad de datos e informaciones que recibimos constantemente nos atiborra de tal manera, que no logramos sacarle el jugo, no los aprovechamos debidamente. La actitud del descarte que caracteriza cada vez más nuestro mundo se expresa también en ese ámbito.

Atrapados en la superficie fluida de esa realidad, acabamos sin tiempo, disposición ni fuerzas para ir a los niveles más profundos de nuestra realidad personal y social. Presos a una cadena continua de estímulos huidizos, perdemos la libertad necesaria para ir a lo más hondo en la vida. Las experiencias ya dejan de ser ocasión de conocimiento y autoconocimiento; se ven reducidas a una serie de estímulos que se suceden sin que lleguen a producir algún fruto que no sea, al final, una especie de aturdimiento o un vivir anestesiados.

Lo que pretendemos es todo lo contrario. Buscamos recuperar la profundidad de la persona y de la vida. Por eso afirmamos la labor académica e investigativa en la universidad como verdadero *apostolado intelectual*. Nos dice la CG 36: *No queremos proponer una esperanza simplista o superficial. Por el contrario, nuestro aporte, como insistió siempre el P. Adolfo Nicolás, tiene que distinguirse por su profundidad: a profundidad en la interiorización, y ‘una profundidad en la reflexión que nos permita comprender la realidad con más hondura y ser más eficaces en el servicio’*¹⁰.

Para conseguirlo es necesaria una preparación intelectual sólida, que contemple también la integración personal. Dice todavía la CG 36: *“Nuestras obras educativas a todos los niveles, y nuestros centros de comunicación e investigación social tienen que ser una ayuda para la formación de hombres y mujeres comprometidos con la reconciliación, que sean capaces de superar los obstáculos que a ella se oponen y proponer soluciones. El apostolado intelectual debe ser fortalecido para ayudar a transformar nuestras culturas y nuestras sociedades.*¹¹

⁹ Universidad de Deusto, *Lectio Inauguralis*, 9 de septiembre de 2011.

¹⁰ CG 36, D. 1, n. 33.

¹¹ CG 36, D. 1, n. 34.

Las experiencias son un espacio privilegiado de crecimiento en conciencia personal y social. Sólo saliendo de sí, en el encuentro con los demás y con la realidad, el ser humano se conoce a sí mismo, se da cuenta de sus capacidades y límites, se abre a lo que es diferente de sí mismo y forma una conciencia siempre más abarcadora, más universal. La mera introspección –tanto en el ámbito personal, como comunitario y social-, cualquiera sea el aparato teórico que la acompañe, se convierte fácilmente un campo de autoengaño, ilusión y error. Escuchemos al Papa Francisco quien no cesa de alertar constantemente sobre la auto-referencialidad como una grave amenaza a lo humano.

Las experiencias de responsabilidad social con vinculación curricular, que la mayor parte de las carreras de la Universidad Católica de Córdoba tiene como condición de egreso, son una ocasión de crecimiento personal y grupal que confiamos dará un fruto enorme a la sociedad.

No sabemos exactamente cómo será el trabajo de los futuros profesionales e investigadores que formamos, pero sí conocemos el alto nivel de conciencia que se les pedirá. Porque estarán equipados con herramientas del saber y del hacer cada vez más potentes. Sabemos que serán personas que influirán sobre la decisión de amplios grupos humanos y tendrán dilemas vitales aún más complejos que los hoy considerados.

Pero no nos basta formar a profesionales e investigadores más conscientes o lúcidos. De poco nos servirá si tal conocimiento sólo les sirve para proyectos individuales o para asegurar una mezquina ganancia personal. Deseamos formar personas felices, que tengan el placer de gastarse en el compromiso por y con los demás.

Como Compañía de Jesús, a la cual la UCC ha sido confiada, confirmamos, en las palabras de la Congregación General 36, que: *En todo lo que hacemos deseamos seguir al Papa Francisco, que nos urge a promover dinámicas de transformación personal y social*¹². En su encuentro con los jesuitas reunidos en Roma en aquella ocasión, nos decía el Papa: *se trata de privilegiar las acciones que generan dinámicos nuevos en la sociedad*.¹³

Formar para el compromiso es educar para algo más que lo medible, para opciones de vida que lleven a una plenitud más allá de lo cuantificable y del bienestar individual. Formar para el compromiso es favorecer el crecimiento de personas con un alto y profundo sentido de la vida; es alentar la lucidez crítica de la constante atención a la valoración de los medios (herramientas; procesos; consejos; etc.) ordenados para la finalidad; es potenciar a los profesionales e investigadores con una mayor claridad en el conocimiento de sí mismos, de los límites de la propia ciencia y de la necesidad de otros para no caer y encerrarse en ilusiones o en proyectos que acaban por restarle dignidad y vida al ser humano y a la sociedad.

En ese sentido, les recordaba a los participantes en la reciente Asamblea de las Universidades en Bilbao: *Queremos formar un ser humano capaz de sentirse miembro de la humanidad porque se ha hecho consciente críticamente de su propia cultura (inculturación), es capaz de reconocer gozosamente la de otros seres humanos (multiculturalidad) y relacionarse con otros, enriqueciéndose de la variedad de la cual su propia cultura forma parte (interculturalidad). La universalidad vivida de esta manera puede convertirse en un impulso a la justicia social, la fraternidad y la paz. Adquirir la ciudadanía universal sería uno de los frutos de estudiar o trabajar en una institución educativa de la Compañía de Jesús. Es una de las dimensiones constitutivas de la persona que nos proponemos proponer y acompañar durante su formación*.¹⁴

¹² CG 36, D. 1, n. 37.

¹³ *Evangelii Gaudium*, 223.

¹⁴ Discurso en la 3ª Asamblea Mundial de las Universidades Jesuitas, Bilbao, 10 de julio de 2018.

4. La Universidad al servicio de la humanidad.

En las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, se repite varias veces, después de una orientación o regla general, la recomendación de atender a *personas, tiempos y lugares*. Se trata de una orientación clara para que siempre se tome en consideración, a la hora de discernir y decidir, el contexto inmediato de la misión. Sin embargo, esa atención local siempre va en tensión con la mirada ensanchada al horizonte del mundo y de la historia.

Por eso, además del ojo puesto en lo local, tenemos un ojo puesto también en lo global, en lo multidisciplinario y en lo complejo de la realidad mundial, que nunca pueden dejar de ser preocupaciones de toda universidad bien enfocada que, a mi entender, responda a un modo de proceder ignaciano.

La preocupación por contextos concretos libera de muchas ilusiones o errores que pueden amenazar la docencia y la investigación universitarias. La atención a personas concretas y grupos en su entorno genera una experiencia diferente (real) de los entornos territoriales y de las reflexiones teóricas.

Los contextos locales concretos no pueden ser entendidos sin la presencia de fuerzas o actores que influyen sobre los mismos desde una realidad planetaria que solemos llamar global. Variados hechos como la información; las tecnologías; los mercados de capitales y de productos agrícolas, por poner algunos ejemplos, dependen de un conjunto de interrelaciones de nivel global y afectan a realidades locales muy concretas como puede ser el valor de semillas, cosechas, medicamentos o combustibles.

Por otra parte, los desafíos personales y de los lugares en que vivimos y buscamos realizarnos por medio de la actividad humana no pueden ser resueltos sólo por una ciencia, sin tomar en cuenta sus conexiones con situaciones y contextos más amplios. Cada vez somos más conscientes acerca de la interconexión de la realidad viviente. La conciencia socio-ambiental, la mayor atención al calentamiento global y al impacto de la acción humana en nuestra casa común y muchos otros problemas nos llevan a pensar que la subdivisión de las ciencias para la especialización necesita, a su vez, más espacios para el reconocimiento del propio límite y la necesaria colaboración entre las ciencias. La necesaria multi y trans-disciplinarietà llama a la humildad a todos los científicos. El reconocimiento de lo parcial de los conocimientos debería convocar a generar mejores hábitos de trabajo en equipo tanto a los profesores como a los alumnos.

La conciencia de la necesidad de una variedad de ciencias para resolver los nuevos problemas de la humanidad, la conciencia de la necesidad de una visión integral de la persona humana y una visión de conjunto de la sociedad tanto en el momento como en el tiempo, lleva a la necesaria aceptación de lo complejo.

Hay que reconocer que los errores en la toma de decisiones que trajeron como consecuencia numerosos daños socio-ambientales se debieron muchas veces a una falta de atención en las consecuencias de los aparentes avances, debido a una simplificación apurada, producida o alentada por una falta de consideración de lo complejo de la vida. Puede pensarse, por ejemplo, en la “salinización” de zonas cultivadas artificialmente; en la mortandad de peces por el cambio climático o por la utilización incontrolada de productos químicos; o en la contaminación del aire en grandes ciudades, como se observa en distintas partes del mundo.

Contamos con herramientas de transparencia y rendición de cuentas como nunca antes en la historia. Sin embargo, aún somos testigos de oscuras pugnas de intereses que generan dramas humanos como guerras, migraciones y dominaciones de naciones enteras por la violencia. La lucidez de atender a la complejidad y a la búsqueda de soluciones viables no sólo puede corregir decisiones inviables sino que puede salvar vidas humanas.

Como bien nos recuerda la Congregación General 36, ...*dada la magnitud y la interconexión de los problemas que enfrentamos, es importante apoyar e impulsar una creciente colaboración entre los jesuitas y entre las obras de la Compañía por medio de redes. Las redes internacionales e intersectoriales son una oportunidad para reforzar nuestra identidad, pues nos hacen compartir recursos y compromisos a nivel local, para así servir juntos a una misión universal.*¹⁵ Desde ahí comprendemos el alcance de lo que se desea con la reciente creación, en la Asamblea de Bilbao, de la *Asociación Internacional de las Universidades Jesuitas* (IAJU).

El lema de la asamblea habla por sí mismo: “*Transformar el mundo juntos*”. Y aquí quisiera subrayar la importancia del adverbio “juntos”, porque también en esa tercera asamblea hemos logrado constituir formalmente la *Asociación Internacional de Universidades Jesuitas* (IAJU), una red en la que participan todas nuestras instituciones de enseñanza superior y cuyo objetivo es interconectar nuestro apostolado educativo e investigativo en la enseñanza superior para que, en cooperación, produzca más y mejor fruto. La experiencia de colaboración en red ya había sido lanzada en ámbito regional, como por ejemplo, la *Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina* (AUSJAL), constituida en 1985 y que congrega actualmente 29 instituciones. Con el paso dado en Bilbao, la red se expande al ámbito mundial.

Pero las redes no nos valdrán de nada, si perdemos del horizonte de nuestra misión educativa el objetivo principal, a saber, la atención a lo complejo del ser humano entendido “integralmente” y el imperativo de contribuir, desde los aportes de nuestra identidad, para mejorar “la humanidad”. En ese sentido, esperamos que la reciente incorporación de las Facultades de Filosofía y Teología Eclesiásticas, trasladadas de San Miguel a Córdoba, ayude enormemente a la UCC en su consideración de la persona humana de un modo integral en todas las carreras mediante el Departamento de Formación a su cargo. Una profunda reflexión en filosofía y teología dará lugar a los diálogos que las diversas ciencias necesitan para enriquecerse con la cosmovisión cristiana. A la vez, la filosofía y la teología en la Universidad podrán aprender de su relación con los desafíos de las diversas ciencias. Porque de poco servirá el desarrollo y la transmisión de la ciencia si no es puesta al servicio de toda la persona y del conjunto de la sociedad, y ese es el modo de educar y formar que ha elegido la Universidad Católica de Córdoba.

Para finalizar, los aliento a poner en práctica su lema: “formar personas de ciencia, conciencia y compromiso”, con la confianza de ofrecer a la sociedad una formación e una investigación universitarias que aporten positivamente a afrontar los desafíos del presente y la incertidumbre del futuro. Que esta comunidad universitaria sea capaz de brindar a la sociedad profesionales e investigadores que perseveren en el camino hacia la plena humanización, con un testimonio claro de la felicidad en la donación de sí mismos a los demás y al bien común. Que la UCC persevere en su camino y crezca siempre más como institución que genera dinanismos de desarrollo duradero y, aún más, capaz de formar profesionales con técnicas y actitudes que promueven y salvan vidas.

Le pido, pues, a Dios, que es fuente de todo bien y toda gracia, colmar con Su gracia a la Comunidad universitaria de la UCC y a todas las personas e instituciones que comparten y apoyan su misión.

Muchas gracias

Arturo Sosa, S.I.

¹⁵ CG 36, D. 1, n. 35